

EL PANORAMA.

Los ricos y los pobres.

El docto y elocuente san Juan Crisóstomo propone una excelente idea para conocer las ventajas de la pobreza sobre la riqueza. Suponiendo que pudiesen existir dos ciudades, en una de las cuales no hubiera mas que ricos, y en la otra solo pobres, examina cual seria la mas poderosa.

Si consultásemos á la mayor parte de los hombres sobre esta cuestion, creemos que se decidiria en favor de los ricos; pero el gran Crisóstomo concluye en favor de los pobres. Dice, para fundar su opinion, que en la ciudad rica habria gran fausto, grande obstentacion, pero que no existiria fuerza positiva y asegurada. La abundancia, enemiga del trabajo, incapaz de conformarse con la sujecion, y amiga de los placeres sensuales, corromperia todos los espiritus, debilitaria el valor con el lujo el orgullo y la ociosidad: las artes estarían en desprecio y aun en abandono: la tierra sin cultivo, y semejante poblacion; sin necesidad de mas enemigos, se arruinaria por sí misma, á causa del exceso de su opulencia.

Por el contrario, en la ciudad de los pobres, la necesidad industriosa, fecunda en invenciones, origen de todas las artes útiles, haria á los hombres laboriosos, económicos: les inspiraria un vigor varonil con el ejercicio de la paciencia, y les conduciria á todos los grandes resultados que son fruto de la obstinacion en el trabajo.

Viajes. -Verona.

Resenta esta ciudad un aspecto grandioso é imponente. Sus fuertes murallas es tán flanqueadas de torres: los parapetos de sus puentes tienen almenas: sus calles son anchas, magníficas; todo en ella anuncia la reputacion de que goza en Italia.

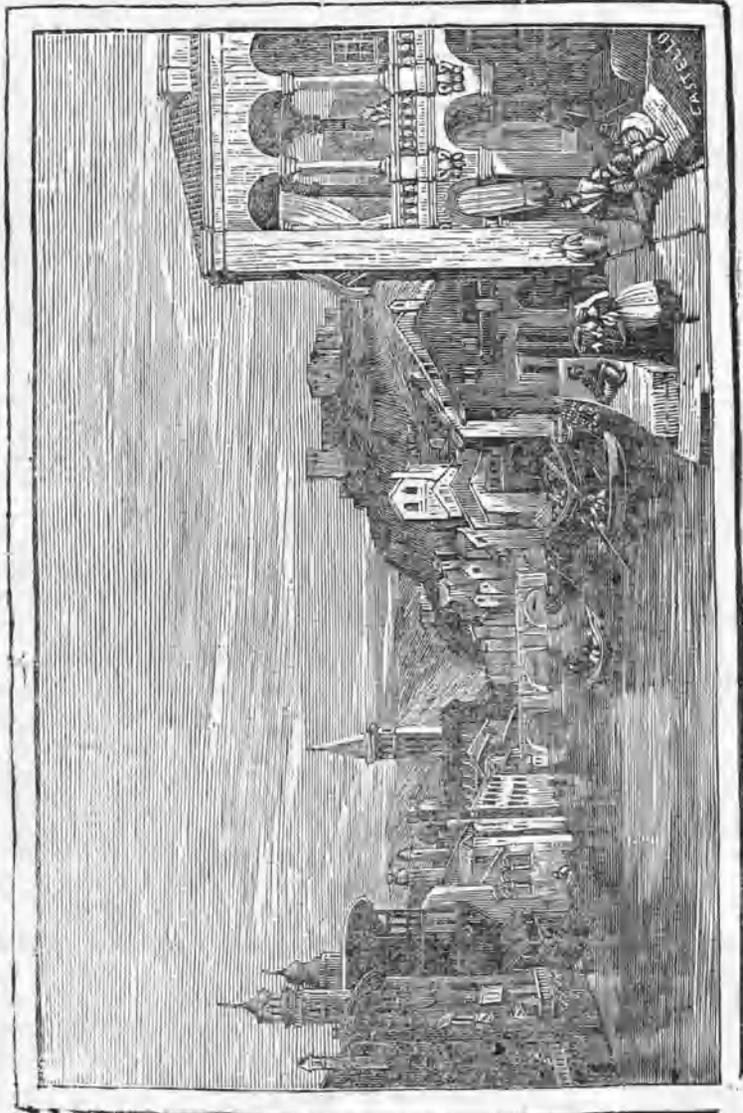
Los amores de Julieta y Romeo viven aun en la memoria de los veronezes. Mr. Valery dice haber visto en un jardin el sarcófago que pretenden ser de aquella.

Se han hecho muchas descripciones del anfiteatro de Verona, pero no obstante las investigaciones de los sabios, se ignora la época de su construccion. Puede contener ochenta mil personas.

Las iglesias son magníficas: la de san Nazario pasa por mas antigua: las grutas inmediatas, que pueden llamarse las catacumbas de Verona, sirviéron de refugio á los primeros cristianos.

El mas espléndido de sus palacios es el de Canossa, habitado por reyes y emperadores. Luis Canossa, obispo de Bayeux, lo mando edificar. Tambien es muy suntuoso el palacio de Berilacqua, que ha contenido por espacio de dos siglos un rico museo.

La aduana es un apreciable monumento de noble y sencilla arquitectura. La estatua de Verona, en la plaza de las yerbas, ha conservado hasta poco ha una corona, para indicar que la ciudad ha sido residencia imperial y real.



VISTA DE VERONA.

La torre de los cráneos.



En el verano de 1833 formé con varios amigos el proyecto de visitar las costas de Berberia. Despues de haber fletado un bergantin de 120 toneladas, tomamos la ruta de Arjel, donde nos detuvimos quince dias. De allí pasamos á Bona y en seguida á Trípoli. Por último habiendo llegado á la altura de Zerbi, no quisimos perder la ocasion de examinar con nuestros propios ojos la maravilla de aquella isla en otro tiempo tan célebre, esto es, la *torre de los cráneos*.

La isla por sí nada tiene de notable; el terreno, en extremo llano, no ofrece en perspectiva otra cosa que palmeras y olivos, que crecen con abundancia; en especial estas últimas adquieren un volúmen prodijioso. Zerbi, situado á unas 180 millas de Trípoli, es una parte del *pachalik* de Túnez.

Pero un objeto digno de llamar la atención de todos los amigos de la humanidad está allí hace tres siglos para satisfacer la curiosidad del viajero. Es una torre construida á orillas del mar en el mismo sitio de desembarco. A fuerza de investigaciones pude procurarme algunas noticias acerca de su origen, pues yo sabía que la isla había sido antiguamente y con frecuencia teatro de luchas sangrientas, entre los verdaderos creyentes y los *perros cristianos*, segun la expresión usual de los musulmanes, pero no recordaba haber leído ni oído decir nada relativo á este monumento bárbaro. Es de forma de una quilla de 30 á 35 pies de altura y de unos 15 pies de diámetro

en la base. Esta especie de pirámide consiste en capas de cráneos humanos artísticamente colocados sobre los femures (huesos del muslo.) Al parecer estuvieron en su origen simplemente superpuestas, pero despues se los cimentó con cal, precaucion indispensable para la duracion del monumento. Por el lado del mar una parte de la cal se ha desprendido, y en algunos parajes han quedado enteramente descubiertos los cráneos. Un marinero de nuestra tripulacion subió en mi presencia hasta la cúspide de la torre sirviéndose de las cavidades de las bocas á guisa de escalones, y todavía posco varios dientes, perfectamente conservados, que arrancó á muchas cabezas blanqueadas por el tiempo. La historia de esta torre me fué contada por un anciano musulman, hombre instruido y nada superstitioso, y he aquí en pocas palabras los detalles que nos suministró, acompañados de las densas humaradas de una pipa inagotable, y de las caricias que prodigaba á una botella de legitimo ron de Jamaica.

La isla de Zerbi había sido conquistada en el reinado de Moawgah I, por los árabes occidentales que fundaron en ella una colonia, y en la época de la expedicion española de que voy á hablar, aunque sometida á un jefe indjens, constituía una parte del gobierno de Trípoli; y pagaba un tributo á la Puerta.

En 1561 Felipe II, cediendo á las instancias del célebre Lavalette, gran Maestre de la orden de Malta, dispuso que un gran número de galeras fuese á unirse á la escuadra de la orden con el objeto de reconquistar la ciudad de Trípoli. Esta plaza, de que en otro tiempo se habían apoderado los caballeros, había sido despues tan mal defendida por ellos que el famoso Doophoot consiguió

rescatarla; sin embargo se cree que la traicion fué quien abrió las puertas. Doophoot, conociendo la importancia de la conquista, que por su excelente posición le permitía estorbar el comercio de los cristianos, se ocupó en seguida no solo en reparar las antiguas fortificaciones sino en establecer nuevas y poderosas baterías que hiciesen á la ciudad casi inexpugnable. Tal era el estado de cosas en Trípoli cuando se trató de reconquistar esta plaza. La flota de los cristianos, compuesta de cincuenta galeras y de veinte y ocho barcos grandes de transporte, era mandada por el almirante Doria. Iba á bordo 30000 hombres de tropas aguerridas, sin contar un número considerable de caballeros; y la noticia de estos preparativos no tardó en llegar á oídos de Doophoot, quien envió á Constantinopla un emisario para pedir socorro. La Cerda, duque de Medinaceli, virrey de Sicilia, fué nombrado general en jefe del ejército de tierra. Todos, excepto Doria, creían la caída de Trípoli inevitable; pero este, adiestrado por la experiencia, examinaba profundamente cualquier asunto ántes de tomar una resolución, y algunos días de residencia en Malta habian bastado para convencerle de la completa nulidad de La Cerda en punto á valor y habilidad. La experiencia demostró que no se había engañado. Cuando el duque se vió á la cabeza de tan poderosa expedición, hinchado de insolente orgullo, se prometió nada ménos que la destruccion total del poder turco en África.

La flota se hizo á la vela bajo los mas felices auspicios y en buen orden, completamente provista de todo lo necesario, tanto para el servicio de mar como para el de tierra. Tres días despues anclaron delante de Trípoli, y entonces fué cuando se pudo juzgar de las cualidades guer-

ras del virrey; solo el aspecto de los peligros que hubiera debido arrostrar con energía bastó para hacerle retroceder. Despues de haber examinado la plaza y las baterías recién construídas, declaró que en semejantes circunstancias sería muy peligroso un ataque, que costaría mucha sangre sin resultado honroso, y que era preciso esperar la llegada de las piezas de batir. Para disimular envió en efecto dos galeras á Malta con la comisión de conducir muchos cañones de grueso calibre, fijó el cuartel general en Zerbí y dió órden á la escuadra de dirigirse hácia esta isla. Instruído de la debilidad de la colonia queria sin duda con fáciles empresas adquirir un renombre en su país, sin reflexionar que esta conquista insignificante sería un miserable adorno añadido á la corona de su monarca.

Cuando se publicó la órden de esta vergonzosa retirada, los esfuerzos de todos los oficiales reunidos pudieron apenas impedir un motín en los aguerridos tercios españoles. Aquellos esforzados veteranos no estaban acostumbrados á huir ántes de haber combatido; y la mayor parte guerreros distinguidos, que habían oído el silvido de las balas en mas de cien combates manifestaban la mas viva indignacion por la conducta de su jefe.

Llegados á la altura de la isla, los navios tuvieron que anclar á cuatro millas de la ribera, pero los barcos de transporte, como muy lijeros, pudieron acercarse mas. Entónces una parte del ejército, con ayuda de las lanchas, desembarcó sin dificultad en el mismo sitio en que se eleva actualmente la *torre de los crancos*. El primer movimiento de los insulares fué la sorpresa; el segundo correr á las armas para oponerse á aquella repentina invasion.

Pero qué podía hacer un puñado de

árabes sin disciplina, contra la táctica de un ejército cristiano? Este perdió muy poca jente, al paso que quedaron en el campo de batalla centenares de los primeros. Los vencedores se apoderaron de la ciudad; y á la victoria sucedieron horribles escenas de saqueo y de libertinaje. Se despreció la disciplina, y la guerra con todos sus horrores tendió su sangriento velo sobre aquella malhadada población. Los gritos desesperados de las mujeres, invocando en vano el auxilio de los suyos, los gemidos de los moribundos, los clamores de los asesinos, todo se mezclaba confusamente formando un conjunto horroroso. Ni la edad ni el sexo fueron atendidos á excepcion de algunos infelices á quienes se reservaba una suerte todavía mas miserable. Los harenes fueron invadidos y las mujeres degolladas ó violadas segun el capricho del vencedor. Atormentaron á los prisioneros para hacerles descubrir el lugar que escondía sus riquezas; pero todos prefirieron morir como heróes.

Un corto número de habitantes se había refugiado en el *Burgis Souk* ó torre del mercado, pequeño fuerte situado al O. del punto de desembarco; pero perseguidos hasta allí, se abrieron camino valerosamente á través de nuestras filas, y fueron á reunirse con los restantes dispersos á quienes refirieron las escenas de desolacion de que habían sido testigos.

Es preciso haber vivido en medio de aquellos insulares para formarse una idea de la exaltacion de sus sentimientos. Semeljaban á los indios del norte de la América en los cuales el placer de la venganza es una pasión frenética que dirige todas sus acciones. Para satisfacerla esperan, por largo que sea el intervalo, á que se presente una ocasión favorable, y sufren toda clase de privaciones, sin

perder nunca de vista el objeto que se proponen. Del mismo modo los árabes, agoviados por la desgracia, no respiraban mas que odio y terribles represalias; pero conocian que en batalla formal no podrían conseguir su proyecto.

Rennieronse, pues, todos los fugitivos á corta distancia del pueblo de *Wadez-Zeheed* á las órdenes del jefe de la isla, llamado *Yokdah*, que estaba decidido á esperar en aquel paraje la hora de la venganza. Confaba principalmente en la falta de agua potable que tenían que ir á buscar los cristianos á largas distancias. En seguida dió órdenes para procurarse la mayor cantidad posible de aguardiente de dátiles, y lo hizo depositar en un paraje por el que debían atravesar necesariamente los extranjeros. En cuanto á medios de ataque y de defensa, tenían que buscarlos: la invasion de los cristianos había sido tan pronta y tan imprevista que había faltado tiempo para poner en seguridad las familias y los demas objetos preciosos. Por lo demas el árabe, naturalmente sóbrio, se contenta con poco: así que un trago de agua y algunos dátiles frescos bastaban para el alimento de aquellos hombres exaltados por el furor.

Pero dejemos por un momento el campo de los árabes para ocuparnos de una tierna doncella. *Zobah*, hija única del caudillo árabe *Yokdah* era la felicidad de su vida, el sol de su corazón, la luz de sus ojos. Libertada milagrosamente del asesinato jeneral, se creía segura en el rincón donde se había ocultado; pero este rincón fué descubierto por un monstruo en forma humana, llamado don José de Savera, capitán de los guardias de corps de La Cerda. Este hombre, oficial distinguido y de un valor á toda prueba, carecía de las prendas del ai-

ma: la suya era negra como la noche. Había sido el primero que puso el pié en Zerbi, porque trémulo de impaciencia, y no pudiendo sufrir dilación alguna se arrojó al mar mucho ántes de que las lanchas hubiesen tocado en tierra, presentándose de esta suerte solo al enemigo. Había reconocido en Yokdah al jefe de los árabes y probablemente le hubiera vencido, si durante el combate no hubiesen sido separados, despues de haberse herido mutuamente. Él fué tambien el primero que penetró en la ciudad tomando parte en los excesos cometidos por los vencedores. Uno de sus soldados, habiendo descubierto á Zobah se la presentó como un objeto digno de las miradas de su jefe. Si el alma del bárbaro hubiera sido sensible al menor sentimiento de humanidad, seguramente la pobre niña no habria implorado en vano su socorro. Pero ni sus plegarias ni sus lágrimas, lograron conmovér al monstruo, y fué otra víctima mas, inmolada en aquella sangrienta jornada.

Se ignora de que modo consiguió la infeliz salir de la ciudad; lo cierto es que fué hallada cerca del campo de los árabes privada del uso de sus sentidos. En seguida la transportaron á una tienda, y á pesar de los remedios prodigados no vivió mas que el tiempo preciso para referir su desgracia. Sus ojos se cerraron para siempre.

La desesperacion y el furor de Yokdah fuéron tales, que se hizo necesario emplear la fuerza para impedirle que volase en busca del asesino de su hija, y tomase una terrible venganza. El dolor paternal tuvo al fin que ceder á los deberes que le imponia su calidad de jefe de los árabes; juntó un consejo de guerra para decidir el plan que habia de seguirse, y mientras deliberaban se supo

por un espía que los cristianos se habian dividido en muchos destacamentos para recorrer la isla en diferentes direcciones, y acabar de saquearla; pero que estaban casi inmóviles por la enorme cantidad de aguardiente que habian bebido.

Yoklah juzgó que el momento era favorable para sorprender uno de estos destacamentos, y solo faltaba ya determinar á cual se atacaría, cuando se recibió la noticia de que una parte de las tropas cristianas habia entrado en una aldea sita á milla y media del campamento árabe, y que estaban cometiendo todos los excesos imaginables.

Nuestros soldados diéron aquella vez una muestra vergonzosa de improvisacion despreciando hasta las mas ordinarias precauciones. Yoklah hizo presente á los suyos que el buen éxito de su empresa dependia únicamente de la prontitud y el misterio con que debían hacer sus movimientos. Poco despues mil caballos y dos mil infantes estuvieron dispuestos á marchar y dar principio al ataque: rodearon silenciosamente la aldea donde se escuchaban los alaridos de los vencedores y los lamentos de las víctimas, en prueba de que su espía no les habia engañado: cercó Yoklah la aldea para que ni un solo enemigo pudiera escaparse; y dada la señal convenida, se lanzaron furiosos al combate los proscriptos árabes. Ni un solo centinela tenían los cristianos, y la sorpresa era fácil; la victoria fué cierta, porque los españoles agotados de calor y de fatiga se habian despojado de las corazas.

La hora de la venganza habia sonado: no escapó un solo soldado para poder llevar al ejército la noticia de aquel asesinato, en el que segun los turcos perecieron mas de dos mil cristianos.

Nada podia saciar el furor de los ára-

les; sedientos de sangre, se arrojaron sobre otro cuerpo de españoles que cometía horribles excesos en la aldea de Essook. Allí triunfaron también aquellos á pesar de que les fué tenazmente disputada la victoria. Una pequeña parte de la division pudo salvarse; pero el resto quedó asesinado sin compasion. Animados por el buen éxito, persiguieron á los fugitivos y se lanzaron mezclados en la ciudad, esparciendo el terror por do quier. En vano los oficiales, y Savera entre ellos, se esforzaron á restablecer el orden; promesas, amenazas, castigos, todo fué inútil y volaron en desorden á embarcarse. Pero por desgracia acababa el mar de retirarse con el reflujó, y halláron las chalupas en seco: todavia confiáron en poder pasar por encima de los bancos de arena y llegar á los navios; mas los árabes furiosos les persiguieron hasta el mar y no les fué difícil vencerlos, embarazados como estaban con sus pesadas corazas. Ninguno de los que habían hollado aquella tierra fatal pudo libertarse de la muerte; Savera y algunos oficiales se halléron en la playa con el valor que infunde la desesperacion; pero cayeron uno tras otro. Solo Savera resistió algó mas, y al cabo fué desarmado y apresado vivo, segun la orden que tenian; porque el padre de Zobah le reservaba para una muerte mas cruel y ménos gloriosa.

El virey La Cerda habia permanecido á bordo, no queriendo bajar á tierra hasta el dia siguiente, para tomar con pompa posesion de su pretendida conquista. Al presenciar el espectáculo del asesinato de sus tropas, su desesperacion no tuvo límites; pero hallándose en la ribera todas las lanchas, no le fué posible prestar socorro alguno á los fugitivos.

Por una casualidad singular, en el

momento mismo de la derrota de los españoles, apareció la flota turca compuesta de treinta y cinco velas, navegando en orden de batalla hácia la escuadra cristiana; este era el socorro enviado de Constantinopla á los tripolitinos.

Doria fué el primero que descubrió la flota de los infieles, y en seguida calculó las consecuencias. Hizo á toda prisa levar anclas, y mandó á las galeras que le siguiesen para atravesar por medio de la flota enemiga que vagaba en forma de media luna. Pero solo el navio almirante y cinco galeras consiguieron romper la línea turca: todas las demas embarcaciones cayeron en poder del almirante turco. Perdió España en aquel combate segun la tradicion catorce mil hombres, y en toda la fatal expedicion perecieron veinte y cinco mil. La pérdida total de los turcos ascendió á quince mil hombres. La Cerda habia conseguido escaparse con Doria, pero pasó el resto de su vida agoviado con la vergüenza y el desprecio de sus compatriotas.

Satisfecha la venganza de los árabes, quisieron elevar un monumento que eternizase su memoria. Ignórase, empero, el nombre del que concibió la idea de construir la *torre de los cráneos*: lo cierto es que los árabes cortáron la cabeza á todos los cristianos y edificáron la torre; ahora veremos de que modo puso Yohdsh la última piedra.

El castigo reservado á Savera debia igualar á la enormidad de su crimen. Despues de haberle hecho padecer horribles tormentos, lo arrastráron al sitio en que habían erijido el fúnebre monumento, y allí fué empalado. En vano suplicó que le concediesen una muerte mas pronta, él habia sido implacable para su víctima y era justo lo fuesen para él. En la cúspide pusieron su cabeza.

MADAMA DE STAEL,



NOTA DE LA REDACCION.

Va á terminar el primer semestre de la segunda época, y quedará concluido con el último número de aquel el tomo primero. Inmediatamente despues se dará el índice y portada.

Está en prensa, y se distribuirá á fin de este mes, el primer cuaderno de la famosa novela del célebre Cooper, titulada EL CONSAPIO ROJO. Inútil es toda recomendacion respecto de una obra que se reputa acaso como la mejor de aquel fecundo ingenio, ya tan conocido en España por las tituladas *El Bravo* y *Los Mohicanos*. Los señores suscritores que concluyen en junio se servirán renovar con tiempo, si quieren evitar retraso en la remision del periódico.

BIOGRAFIA.

MADAMA DE STAEL.

Nació en París, á 29 de abril de 1766. Apenas tenía diez años, cuando su padre Mr. Necker, ya célebre como escritor, fué asociado á los negocios públicos. Su madre, la grave y metódica madama Necker, se encargó personalmente de su educación. La sala en que madama de Stael se dejaba ver al lado de su madre era para aquella la mas instructiva cátedra, pues allí se debatían las mas importantes cuestiones políticas y literarias de la época. Pero, como rara vez hace grandes progresos la parte moral sino á expensas de la física, la salud de madama de Stael declinaba de día en día. Desde entónces, contrariada en sus planes de educación, renunció á ellos madama Necker.

Entre el padre y la hija reinaba la mas estrecha simpatía. Muchos pretendientes tuvo la mano de ésta, y sin embargo no contrajo matrimonio hasta la edad de veinte años. El Baron de Stael-Holstein; embajador de Suecia en Francia, triunfó de sus rivales, gracias á la proteccion de Gustavo III y á una promesa que hizo de no obligar nunca á su mujer á fijar en Suecia su domicilio. Este matrimonio principió y terminó con frialdad. El Baron murió en 1802, con la satisfacción de que su nombre no perecería; única que podía quedar á un hombre nulo, casado con persona tan instruida.

El talento de madama de Stael luchó contra el poder de Napoleon. Se ha tratado de averiguar la causa de la obstina-

da persecucion que este grande hombre hizo sufrir á aquella débil mujer. Dicen que entusiasmada por el vencedor de Italia, quiso madama de Stael someterle á su ascendiente; y que picada de la manera brusca con que él repulsó repetidas indicaciones, adoptó un sistema de oposicion á todo trance.

Pero sea lo que quiera de estas tradiciones, la historia puede muy bien, sin ellas, explicar las causas determinantes de la conducta de Bonaparte respecto de la hija de Necker. Por espacio de cuatro años (*despues del 18 Brumaire*) fué poco á poco reconcentrándose la cólera del hombre poderoso, porque Necker y su hija nada le perdonaban ni en las tertulias por medio de la conversacion, ni en público por medio de escritos, que se difundían por toda Europa. Causado, en fin, Napoleon, la desterró á cuarenta leguas de París.

Madama de Stael visitó la Alemania y la Italia, y regresó á su país. Entónces fué confinada al castillo de Coppet, prohibiéndole que se separase de él á mas de dos leguas, pero no tardó en abandonarlo y emprender un viaje por Suecia y Rusia que terminó en Inglaterra. Supo en Londres que podía volver libremente á Francia, y volvió; su gran viaje y el despotismo habían concluido casi al mismo tiempo.

Tres épocas distintas marcan los diferentes edades de su jenio. En la primera, apenas entrada en la adolescencia, se ocupaba de algunos opúsculos, escribía una tragedia, una comedia, y trazaba sus *cartas sobre Rousseau*, en que se revelaban ya un alma ardorosa y un talento elevado. En la segunda publicó la *Defensa de la reina*, *La influencia de las pasiones sobre la felicidad de los individuos y de los pueblos*, su libro de

La literatura, y la celebrada *Delfina*. En la tercera *Corina*, *La Alemania* y *La Revolución francesa* pusieron el sello á su reputacion.

Madama de Staël falleció en 14 de julio de 1817.



EPISODIO

DEL SITIO DE LISBOA.

El 25 de octubre de 1147, Alfonso, rey de Portugal á la cabeza de los cruzados alemanes, franceses é ingleses alistados bajo su bandera entró en Lisboa despues de un sangriento y prolongado combate con los infieles, dueños de la ciudad hacia ya algunos años. En pocas horas dejáron los cruzados tendidos en las calles mas de doscientos mil sarracenos. Alfonso para recompensar á sus aliados les permitió el saqueo: casas, palacios, mezquitas todo fué entregado al furor de los vencedores.

Serian cerca de las nueve de la noche: la oscuridad era densa, y la inmensa bóveda del cielo se hallaba envuelta en negros nubarrones: sin embargo, de tiempo en tiempo la luna se descubría detras de las nubes, lanzando al espacio algunos pálidos reflejos. Lisboa había que-

dado tranquila, y los cristianos, satisfechos pero fatigados, descansaban en sus alojamientos. No se oía otro rumor que el ligero zumbido del viento que silbaba como á traves de los arbustos de un cementerio, sobre numerosos montones de cadáveres, y las voces de algunos moribundos que se apagaban á medida que la muerte apagaba sus tormentos.

—Quién vive? gritó el centinela de una de las puertas de la ciudad.

—Amigo de Alfonso, caballero de la cruz, contestó una voz. Era Guillermo de Korny con diez sajones que, habiéndose alejado en el furor del combate, volvia de perseguir á los fujitivos.

—Pardiez, amigos míos, dijo Guillermo de Korny, despues de haber recorrido algunas calles, no será fácil que hallemos esta noche un albergue: todas las casas tienen ya el nombre de un nuevo dueño, y me parece que por habernos retardado tendremos que dormir en compañía de estos perros infieles cuyas almas están ya en las garras de Satanás.

—Conque despues de habernos roto las piernas, corriendo tras de esos hijos del infierno, repuso un sajón, habrémos de dormir sobre las piedras! Llamemos: todos nuestros compañeros son cristianos, y si no pueden hacernos un lado en sus lechos, hallarémos bancos para sentarnos y una mesa para beber.

—Silencio, dijo Guillermo. El que se atreva á poner la mano en una puerta, vive Dios que no necesitará de albergue! Ninguno replicó.

Guillermo de Korny tendria unos treinta años: aunque de mediana estatura, era de complexion robusta, y los numerosos combates por el sostenidos contra los infieles habian robustecido sus fuerzas en vez de debilitarlas. Hijo único de una noble familia de Sajonia, y arras-

trado por la ardiente sed de gloria, tan común en la juventud de aquella época, tenía hecho voto de ir á pelear por el rescate del santo sepulcro. Al partir de Bremen se llevó consigo diez hombres escogidos que habían arrostrado con él grandes peligros, le habían seguido muchas veces en medio del polvo de las batallas, finalmente acababan de batirse con la mayor intrepidez en el sitio de Lisboa. Como si la fortuna siguiese sus pasos, despues del combate en que perecieron tantos cruzados, se halláron todos diez de pié, y sin herida, en torno de su jefe.

Hechas inútiles pesquisas por espacio de una hora, caminando sobre cadáveres, Guillelmo de Korny con sus diez hombres se halló en frente de una casa de mediana apariencia. Nada indicaba que estaviese habitada. Sin embargo incierto, y receloso de turbar el reposo de sus camaradas, llamó á la puerta muy quedo: no teniendo respuesta llamó mas fuerte.

—Que me arranquen los cabellos uno á uno, dijo al ver que nadie abría, si esperaba yo dormir esta noche bajo techo: tal vez será esta la única casa que haya quedado vacía en Lisboa, y por Dios, amigos míos, entremos pronto, porque no sería extraño que viniesen á disputarnosla. No tuvo necesidad de repetirlo. Los sajones se lanzáron á la puerta y en pocos instantes la hicieron venir al suelo.

—Poco á poco, mis lebreles, dijo Guillelmo: parece que vais á entrar en el paraíso! Hasta este momento los sajones no se habían atrevido á renunciar á su pasiva obediencia; pero queriendo su señor mantenerlos en orden y en silencio como en el campo de batalla, se reveláron contra su voluntad, y sin hacer caso de sus amenazas se precipitáron en la ca-

sa. Viendo Guillelmo que no había modo de contenerlos, los dejó y se quedó en el dintel de la puerta, esperando que un rayo de luna viniese á alumbrarle á fin de escribirle su nombre; pero las nubes parecía que se obstinaban en ocultar la luz, hasta que por último, al cabo de un cuarto de hora de impaciencia, consiguió trazar estas palabras: *Aquí habita el caballero Guillelmo de Korny con sus vasallos.*

—Que gritería han armado esos demonios! exclamó luego, oyendo un ruido infernal en el primer piso; me parece que no voy á poder hacer carrera de ellos hasta que envíe uno ó dos al otro mundo.

Al entrar en cierta habitación alumbrada por una lámpara, los sajones habían encontrado dos mujeres de rodillas: una anciana, á quien sin mas explicacion clavaron un puñal en el pecho; la otra era una jóven mora como de diez y siete años. Su cabeza estaba desnuda: su larga y negra cabellera, pendiente sobre su pecho y su espalda, la ocultaba enteramente el rostro. Cuando oyó á los enemigos no intentó huir, ni imploró misericordia. Los Sajones, sin compadecerse de aquella niña tan animosa, la perseguían, riendo bestialmente y haciéndula lanzar dolorosos gritos. Sin embargo, la chance iba siendo seria: cada uno de ellos quería apoderarse de aquella preciosa joya, cuando llegó Guillelmo á propósito para evitar una contienda.

—Atras! atras! exclamó, divisando dos rasgados ojos negros que se fijaban en él; desgraciado del que se atreva á poner la mano sobre esa mujer! Recordad, si ya lo habeis olvidado que me llamo Guillelmo de Korny: la hoja de esta espada buscará vuestro corazon si pronunciais otra palabra. Aquellos hombres,

tan alborotados hacia un instante, quedaron como petrificados al oír la voz de su señor, y ni uno solo se atrevió á levantar los ojos. Desde que se consagraron á su servicio, habiendo tenido tiempo para estudiar su carácter, sabían que la ejecución no tardaría en seguir á la amenaza. Al acercarse á la jóven mora, tropezó Guillermo en el cadáver ensangrentado de la vieja; y las miradas de cólera que lanzó á los sajones les hicieron comprender que no aprobaba aquel asesinato. Quiso saber quien había dado el primer golpe; ninguno se denunció, y no pudo satisfacer su enojo. La doncella, no comprendiendo nada de lo que oía, permaneció inmóvil como una estatua en un rincón de la estancia, resignada al parecer á cuanto pudiese sucederle.

En vez de arrojarse á los pies de su libertador, que la tendía la mano, separó la poblada y negra cabellera que ocultaba su semblante, y mirándole con noble altivez parecía decirle; hierre, estoy pronta á morir. El caballero quedó sorprendido de aquella grandeza de alma y de aquel valor; nunca las armas del guerrero se habían humillado ante el enemigo, mas cuando sus ojos se fijaron en aquella noble cabeza de tan angelical expresión, no pudo ahogar sus sensaciones; balbució algunas palabras ininteligibles, y estuvo á punto, en un momento de vértigo, de doblar la rodilla ante aquella que su ilusión le presentaba como una sagrada imagen.

Se volvió para hablar á los sajones, y todos habían desaparecido, porque necesitaban vino y alimentos. Guillermo receló que hubiese todavía algunas personas en la casa; queriendo, pues, evitar nuevos asesinatos, tomó de la mano á la jóven mora, y á pesar del empeño de ésta

en quedarse, la hizo salir de aquella estancia anegada en sangre, y consiguió que le siguiese. Después de largos rodeos, el guerrero tornó á hallar sus soldados. Habían bajado á una pequeña sala donde no se oía el menor ruido. Llegado á aquel lugar, retrocedió sorprendido: las paredes estaban cubiertas de cráneos, y sus compañeros de rodillas. La piedad y el respeto que le había inspirado la jóven mora se cambiaron en furor; sacó la espada para castigarla; pero ya sea que le impusiese la sangre fría que ella manifestaba; ya que no le pareciese digna de su carácter tan cobarde venganza, la perdonó la vida.

—Levantaos, exclamó el caballero, con plegarias no habeis revivir á los muertos: tomad esa antorcha y seguidme.

Cerca de esta sala que tanto le había aterrado se hallaba una puertecita estrecha y baja. Guillermo conoció que debía ser la entrada de la cueva, y pensando que algunos infieles podían haberse refugiado en su recinto, mandó marchar delante á la jóven; y con espada en mano se lanzó rápidamente, seguido de sus compañeros. Después de haber bajado unos cuantos escalones se hallaron en una cueva bastante espaciosa, en mitad de la cual había una mesa cubierta de viandas y de vasos. Nuestros sajones, reanimados por aquel hallazgo imprevisto, se arrojaron á la mesa, sin esperar la aprobacion de Guillermo.

—Ya tenemos con que entretener la noche, dijo uno de ellos, levantando una enorme jarra llena de vino, y colmando los vasos de sus camaradas.

—Perros de moros! dijo otro: ya no me admiro de que hayan podido resistirnos tanto tiempo: con semejante licor en la sangre me batiría yo contra el mismo diablo.

—Que Dios me convierta en piedra,

añadió un tercero dirijiéndose á Guillelmo, si yo esperaba semejante hallazgo! Pero á propósito, sabéis, señor caballero, que es preciso tener un valor á prueba para someterse al voto que vos habeis hecho, de no beber vino en dos años! Mejor querría yo estarme paseando ocho días seguidos sobre un camino cubierto de espinas. Respeto los derechos y la belleza de la señora por quien haceis tan larga penitencia; pero apuesto á que no tiene un par de ojos tan brillantes ni una tez tan fina como....

—Quieres callar, borracho! interrumpió Guillelmo, que hasta entónces habia estado observando los movimientos de la mora, ó te envío á hacer un paseo eterno al otro mundo?

—A vuestra salud, dijo el sajón, apurando el vaso.

Pronto diéron fin con el vino; y al punto empezáron las disputas, se rompieron los vasos, las luces se apagáron, y la mesa se desplomó sobre aquellos miserables. Guillelmo presenciaba la orjia, y en vano intentó hacerse oír. El líquido que corría por las venas de sus compañeros no podía dejarles en reposo; les amenazó, y no escucháron sus amenazas; se arrojó en medio de ellos, y le fué imposible hacerles guardar silencio. Finalmente, recelando que en aquella oscuridad le sucediese alguna desgracia, buscó una antorcha para ir á encenderla.

Tornó á subir los mismos escalones que habia bajado un momento ántes; pero al llegar á la puerta la halló cerrada. La mora se habia escapado, y para asegurar su huida habia aprisionado á sus enemigos. Guillelmo conoció que se habia dejado tender un lazo, y se arrepintió aunque tarde de no haber muerto á aquella mujer. La sed de venganza se despertó entónces en su alma: volvió á bajar apre-

soradamente para anunciar á sus compañeros la suerte que les esperaba; todos yacian profundamente dormidos: un silencio de muerte reinaba en aquella cueva donde un momento ántes se escuchara un vocerío infernal. Solo, en medio de aquellos diez hombres que él creía sepultados en la embriaguez, el caballero tomó una resolucion decisiva. Otro en aquellas circunstancias acaso se hubiera desánimado; pero él apoderandose de una enorme tranca, que halló por casualidad, se dirigió de nuevo hácia la puerta y á fuerza de repetidos golpes consiguió echarla abajo. Vencido el mayor obstáculo, que era salir de su prision, y no sabiendo donde podria encontrar luz, el caballero fué á llamar á la casa de enfrente de la suya.

—Qué se os ofrece, ? preguntó una voz; ya no cabe ni siquiera un asfiler. Por Cristo Padre, si querrán dejarnos descansar! Señor caballero, llamad en otra parte y dejadnos dormir.

—Insolente, contestó el caballero, yo no vengo á pedirte hospitalidad. Dile á tu amo que Guillelmo de Korny le espera para hablarle. Al oír este nombre, no se atrevió el cruzado á replicar; y temiendo le costasen caras las palabras que le habia dirijido, se entró prontamente para no ser descubierto.

Un instante despues, cierto hombre armado de punta en blanco salió de aquella casa. Guillelmo reconoció á Godofredo Luzel, esforzado guerrero frances que habia combatido á su lado todo el día. Despues de haberse excusado de su indiscrecion, y de haberle explicado los motivos de su visita, encendió su luz; atravesaron ambos rápidamente la calle y en ménos de dos minutos se halláron en la cueva.

—Vedlos como duermen, dijo Gui-

helmo, dirijiéndose á Luzel: parecen unos cadáveres.

—Es preciso que hayan bebido atrozmente para encontrarse en tal estado.

Una idea horrorosa se ocurrió entónces á la imaginación de Guillelmo — Por desgracia era demasiado cierta: habían muerto envenenados con el vino.

Eran las dos de la mañana. En seguida diéron la señal de alarma; todo el ejército se puso en movimiento, porque los gritos que lanzaba Guillelmo hicieron creer al pronto que los moros habían entrado en la ciudad y cada uno indeciso, sin saber adonde dirigirse, preguntaba donde estaban los enemigos.

Los sajones, por su rara intrepidez, habían adquirido una gran reputacion durante el sitio. Siempre se les había visto correr á los puntos mas peligrosos, ya fuera que hubiese que saltar fosos, atacar una brecha ó escalar las murallas. Así que cuando se esparció la noticia de su muerte, todos los cruzados, enfurecidos, resolvieron en el primer momento reducir á cenizas á Lishoa. Dispusieron registrar todas las casas y reunir á todas las mujeres en la plaza. Alfonso mandó que si parecía la mora se le cortase la lengua, la nariz y las orejas, y se la abandonase hasta el último suspiro á los ardientes rayos del sol.

Al dia siguiente, al amanecer, mas de trescientas doncellas moras, sin velo y con la cabeza desnuda, esperaban en la plaza la decision de su suerte. Guillelmo de Korny se presentó, acompañado de un gran número de caballeros. Mandó desfilan una á una todas aquellas mugeres que se creían destinadas á la muerte. Cuando pasó la última, el contrastado caballero exclamó: Maldicion! la culpable no está aquí! Se hicieron escrupulosas pesquisas, pero en vano. La única venganza

que pudo tomar Guillelmo de Korny fué prender fuego por su mano á la casa donde habían perecido sus compañeros, y verla enteramente reducida á cenizas.

Pocos dias despues, Guillelmo, habiendo hecho voto de no abandonar las armas en toda su vida, se embarcó para Jerusalem.



RAMILLETE.

A la librería estrangera, calle de la monterra, ha llegado una remesa de excelentes ediciones de obras de mérito hechas últimamente en París, é ilustradas con multitud de grabados en madera. Entre otras nos ha sorprendido la de *Las mil y una noches*. No cabe mas conclusion. Creemos que las personas de gusto que se averguen al establecimiento y examinen los libros de que hablamos nos agradecerán que hayamos interesado con esta indicacion su curiosidad.

—Un nuevo periódico, *El Corresponsal*, de máxima dimension, y que se publica diariamente á las cinco de la tarde, desde primero de junio, llama ya la atencion del público, por su especialidad y por el esmero y la inteligencia que se notan en su redaccion. Está asimismo perfectamente impreso. Cuesta la suscripcion veinte reales para Madrid, y treinta para las provincias.

Hé aquí una rica mina para *El Panorama*, que, entre otras gracias, tiene la de ser ladron. Como prosperan tanto! —Nos proponemos entrecer nuestro periódico por medio de algunas incursiones que haremos en los dominios del nuevo Cofrade.

MUSEO DE ANTIGUEDADES.

ANFITEATRO. Vasto edificio, de figura circular ó elíptica, destinado á los espectáculos de los grandes juegos, como los de los Gladiadores, combates de fieras contra criminales, &c. En un principio fueron de madera, y se construían provisionalmente, para mientras durasen los espectáculos que debían presentarse; despues se construyéron de piedra. El mayor y el mas magnifico de todos los anfiteatros romanos fué el principiado por Vespasiano y concluido por su hijo Tito. Cabían en él ochenta mil personas sentadas, sin contar la plataforma en que podían colocarse otros veinte mil espectadores. Aun sorprenden sus ruinas, llamadas el *Coliseo*, corrupción de *Colosseo*. Ceca de este anfiteatro hubo una estatua *colosal* de Neuron. La palabra anfiteatro se compone de dos griegas, y significa *verla mismo desde todos opuestos*. Se diferenciaba del teatro en que la forma de este era semicircular: el anfiteatro se componía, pues, de dos teatros reunidos. Aunque en su exterior fuese perfectamente redondo, siempre en su interior presentaba una elipse. El fondo era llano y espacioso y se llamaba la *arena*, que estaba circuida con un buen muro, interrumpido de distancia en distancia pero cerrado con verjas de hierro. Por estas puertas entraban en la arena los gladiadores, y por ellas se soltaban las fieras, conservadas en jaulas en el piso bajo, llamado por esta razón *cavea*. El cuerpo de avance, formado por la cerca de la arena se llamaba *podium*. Allí tenían su asiento los primeros senadores y los principales magistrados. Tambien se colocaban allí el edil, las vestales, y el emperador, cuyo asiento se decía el *suggestus*. Las gradas de los senadores y caballeros tenían almohadones. Las de detras eran de mayor elevacion. Decíase *praecinctiones* las mas retiradas, y *omitoria* las puertas de ingresa. Delante de cada una habia un hueco para pasar á colocarse, y eran llamados *scaloria*. El espacio de una puerta á otra, dichos *conventus*, se destinaba respectivamente á personas de la misma condicion. Existían dependientes con los nombres de *designatores* y *locarii*, es decir indicadores y acomodadores, que encomendaban y acomodaban á cada uno segun su calidad y las instrucciones de los ediles.

Como el anfiteatro no estaba cubierto, se extendían á veces toldos, de seda en ciertas circunstancias para neutralizar la influencia del sol ó prevenir las incomodidades ocasionadas por el mal tiempo.

Los juegos del anfiteatro constituían parte del culto religioso. Había en la arena un altar sobre el cual era sacrificado uno de los que debían combatir con las fieras. Bajo este altar existían conductos para la irrigacion de la arena cuando se ejecutaban los *novumquias*. Esto último se disputa con fuertes razones por los buenos críticos modernos.

ANFORA. Medida de licores entre los romanos. Era un vaso de tierra, que contenía dos urnas, ú ocho conijos; cuarenta y ocho sextarios. El Anfora capitolina era un vaso cúbico, que se conservaba en el Capitolio para servir de medida original. El Anfora atica se componía de tres urnas romanas.

ANQUISICION. En todos los procesos el acusador concluía pidiendo la pena que juzgaba justa: esta fórmula se llamaba anquisicion.

ANTELLGANO. Daban este nombre al tiempo que precede inmediatamente á la aurora.

ANTEPIANOS. Soldados de mas edad y de mas experiencia, en la infanteria romana, empleados por lo jeneral en el cuerpo de reserva.

ANTESTERIAS. Fiestas celebradas en Atenas en honor de Bacó, muy semejantes á los saturnales de los romanos. Duraban tres dias. El primero, que era el undécimo del mes *Antesterion* se llamaba *Pitejio*, es decir *el dia de abrir los toneles*. En efecto en él se hacia la cata de los vinos. Llamaban al segundo *Choes*, nombre de una medida ática para los líquidos, queriendo significar que aquel era el dia *de los botellus*. En él se hacian grandes libaciones. En el tercero dia se rindieronában varias legumbres, ofrecidas despues intactas al Dios Mercurio. Este dia era llamado *Chitres*, es decir, *de las uñas*, y en él se daban tambien espectáculos teatrales.

APEGA. Automata inventado por Nabís tirano de Esparta, que lo llamó así del nombre de su mujer, por lo mucho que á esta se parecia. Servíase el tirano de su automata para dar cruel muerte á los que temían la desgracia de desgradarle. La falsa *Apega*, magnificamente vestida, estaba colocada en un asiento. Debajo de sus ropas habia multitud de puntas de hierro. Cuando Nabís quería martirizar á alguna, tomaba por la mano al automata; este se levantaba, adelantándose hacia la víctima, y al estrecharla entre sus brazos le causaba multitud de heridas. Polibio lo refiere en su libro XIII. (Continuará.)

ANUNCIO.

Este periódico se publica todos los jueves.

El precio de suscripción en Madrid es el de CUATRO rs. mensuales, llevado á casa de los Sres. suscritores; 18 en las provincias, por un trimestre, franco de porte; 34 por seis meses y 60 por un año.

Los números sueltos se expenden á dos reales en los puntos de suscripción en Madrid, que son los siguientes: librería de Cuesta, frente á las Covachuelas; estamperia de Valle, calle de Carretas, frente á la de Majaderitos; y en el almacén de papel de Fernandez, calle de la Concepcion Gerónima, esquina á la plazuela del mismo nombre.

PROVINCIAS. Alcoy, Cabrera; Algeciras, Grimaldi; Alicante, Caratalá; Almería, Santamaría; Avila, Sastre Real; Badajoz, viuda de Carrillo; Barbastro, Lafita; Bilbao, Delmás; Burgos, Arnaiz; Cádiz, Hortal y Compañía; Cartagena, Benedicto; Castellón de la Plana, Gutierrez Otero; Córdoba, Lopez Latorre; Coruña, Perez; Ferrol, Tazonera; Gibraltar, R. L. Hepper; Granada, Bada y Linares; Guadalajara, Ruiz; Jaen, Orozco; Jerez, D. José Bueno; Leon, Miñon y Paramio; Logroño, Ruiz; Lugo, Pujol; Málaga, Carreras; Mahon, D. Juan Sitges y Farnes; Orense, Gomez Pazos; Oviedo, Longoria; Palma, Guasp; Pontevedra, Sr. administrador de Loterías; Rens, viuda de Anjlon; Ronda, Fernandez; Salamanca, Blanco; Santander, Riesgo; Segovia, D. Domingo Alejandro; Santiago, Rey Romero; Sevilla, Hidalgo y Compañía, y D. Luis Manuel de la Pila; Valencia, en la administración de Correos; Valladolid, Pastor; Vitoria, Ormilugued; Zaragoza, Yagüe. Y en las administraciones de correos de Arévalo, Barcelona, Santander, San Sebastián, Sevilla, Valencia, Tarancon y Tuy.

NOTA. La Redacción está establecida en la calle del Amor de Dios, núm. 5, escalera de la derecha, cuarto principal, y á ella se dirigirán las reclamaciones y cartas, francas de porte. Estará abierta desde las cuatro de la tarde hasta las ocho de la noche.

ÍNDICE DE ESTE NÚMERO. Los Ricos y los pobres. — Viajes: Veróna. — Historia: La torre de los cráneos. — Biografía: Madama de Stael. — Episodio del Sitio de Lisboa. — Ramillete. — Museo de antigüedades.

Editor responsable — A. GUERRERO.

MADRID: 1839. — IMPRENTA DE I. SANCHA.